

La economía política clásica

Miguel Alfonso Martínez-Echevarría y Ortega

Universidad de Navarra
2011

La filosofía del progreso

Los orígenes teológicos de la “mano invisible”

El problema con el que se enfrentaban los modernos era que la pura razón, sin las pasiones ni los sentimientos, no parecía capaz de mover la voluntad de los hombres hacia el bien y la virtud. Se hacía necesario superar la fractura entre el pensamiento y la vida, buscar el modo de pasar desde el plano vital, donde predomina el desorden de las pasiones, al plano del orden fijo y estable del diseño racional.

Una propuesta de solución a ese problema iba a venir desde el seno del jansenismo. Arnauld y Nicole, contemporáneos y amigos de Pascal¹, en su famoso libro “Lógica o arte de pensar” habían sostenido que el hombre caído no podría actuar por “puro amor de Dios”, con absoluta obediencia a la ley de Dios, no era posible una sociedad perfecta o “comunidad de santos”. Solo se movía por “amor propio”, por vanidad, por el deseo de ser admirado, lo opuesto al amor a Dios, al cumplimiento de las leyes divinas. En este mundo sólo habría desorden y violencia.

En cualquier caso, no todo era guerra y pillaje, sino que había un cierto orden. Se hacía por tanto necesario dar una explicación de cómo podía ser eso. Según Arnauld, la misericordia divina, compadecida de la situación de la humanidad después del pecado, había hecho que las propias inclinaciones torcidas de los hombres, el amor propio y la vanidad, pudieran actuar como sustitutos de la verdadera bondad, dando lugar a una dinámica que llevaba al equilibrio entre las pasiones, único orden social que se podía observar. De un modo escondido a los ojos

¹ Se puede consultar el capítulo 14 de MacIntyre, A. (2009). Para más detalle ver Menn, S. (1998).

de los hombres Dios lograba que de los vicios de los hombres surgiese un cierto orden de la sociedad.

F. Quesnay vio en este modo de explicar el orden de la sociedad, la solución operativa de lo que había pensado Descartes sobre la posibilidad de una ciencia del orden de la sociedad. Dios había puesto en los hombres unas tendencias espontáneas que los llevaban a unos comportamientos, a través de los cuales, sin ellos pretenderlos, contribuían a la aparición de un orden social que cada vez se parecería más al diseño de la sociedad como una estructura matemática deducible de unas pocas ideas claras y distintas.

Ahora bien, al conocimiento exacto de esa estructura sólo se podría acceder si se eliminaban las costumbres y las leyes surgidas de los prejuicios y la ignorancia, que impedían que los hombres pudieran guiarse por amor propio. Adoptaba así una especie de epicureísmo cristiano, según el cual, si cada uno pudiera guiarse por las señales del placer y del dolor, no solo alcanzaría mayor gozo y bienestar, sino que contribuiría a descubrir el diseño racional de una sociedad humana dichosa y en paz.

Según este planteamiento la "ley natural", el orden racional de las cosas, sería un estado final de equilibrio. Solo entonces sería posible la plenitud de los "derechos del hombre". Para llegar a vivir de acuerdo con la "ley natural" había que "dejar hacer", *laisser faire, laisser passer*, que cada uno pudiera buscar el placer y huir del dolor.

Conscientes de la potencialidad revolucionaria de este programa político, los fisiócratas² - que así se autodenominaban los seguidores de Quesnay- sugerían que debía aplicarse gradualmente. Cada individuo, dentro de su condición presente, y de la actividad que desempeñaba, debería perseguir aquellos objetivos más inmediatos y factibles, más conformes a sus gustos y preferencias.

Había que respetar la estructura consuetudinaria de la propiedad de la tierra. Sólo aplicando poco a poco la progresiva libertad de iniciativa, se daría un aumento gradual de la competencia, un cambio pacífico de esa estructura. Sólo así se irían descubriendo las leyes exactas del orden social, las que diesen lugar a mayor riqueza y bienestar.

Los fisiócratas propugnaban ideales burgueses de enriquecimiento individual, actividad placentera y gozosa, abundancia de medios de subsistencia, cultivo de la educación, y en general de todo lo que llevase a una vida dulce, serena y refinada. También era burgués el modo de llevar a cabo su programa político, proceder con método y constancia, para que casi sin darse cuenta se produjera el cambio radical que propugnaban. Un programa ilustrado, burgués y moderno que se llevaría a cabo mediante la educación y el manejo de la opinión pública, cosa en la que los fisiócratas fueron unos expertos.

² Como sugiere la etimología de la palabra fisiocracia, todo debía guiarse por un principio de economía natural, establecido de acuerdo a un plan divino, que había decretado la posibilidad de un estado de bienestar sobre la tierra.

El supuesto liberalismo de los fisiócratas, compendiado en su lema *laissez faire, laissez passer*, era más bien un elogio a la eficiencia inexorable de las leyes deterministas de la naturaleza. Desde luego no lo consideraban incompatible con el poder político absoluto del rey de Francia, que seguiría siendo el “rey Sol”. La novedad era que ese poder no dependiera de la arbitrariedad de un hombre, sino que fuera resultado de un plan científico, eficiente e impersonal, llevado a cabo por la estructura administrativa del aparato del Estado moderno. Fueron ellos los diseñadores e impulsores de la estadística y de la burocracia, hasta el punto de que se les podría llamar tecnócratas en lugar de fisiócratas.

En el planteamiento de los fisiócratas había un conflicto de voluntades difícil de resolver. En lugar de un enfrentamiento entre la razón teórica y la voluntad, había un enfrentamiento de voluntades, entre la de cada individuo y la de todos los demás, resumida en la voluntad del soberano.

Para explicar cómo podría funcionar esa marcha gradual y pacífica hacia la manifestación del orden natural de las cosas, Quesnay recurrió a una “tabla económica”, una “fórmula aritmética”, una representación esquemática de los flujos de riqueza que circulaban entre los tres grupos sociales que constituían el orden constitucional de la monarquía francesa de aquel tiempo. Los campesinos, que cultivaban la tierra y proporcionaban el sustento; la nobleza y el alto clero, que eran los dueños de las tierras, que gobernaban defendían y educaban al pueblo; los artesanos y menestrales, que proporcionaban todos los demás bienes.

La “tabla” representaba el orden social de Francia como un cuerpo, como un organismo vivo con su anatomía y su fisiología. No en vano Quesnay era médico cirujano, interesado en la circulación sanguínea. Lo mismo que la sangre, una vez calentada por el corazón circulaba dando vida a todo el cuerpo, las riquezas producidas por la tierra circulaban y daban vida a la totalidad del cuerpo político de Francia.

Para Quesnay la riqueza era una sustancia natural, los frutos de la tierra, que tendrían valor en sí mismos, antes de ser introducidos en el plano de las relaciones sociales. Los campesinos eran la única clase social productiva: la que consumía menos de lo que producía. En otras palabras, el origen de la riqueza provenía de un excedente neto que sólo tenía lugar en la agricultura, con anterioridad al proceso de circulación de bienes y monedas.

La riqueza natural, una vez puesta en el seno de la sociedad, a través de los derechos de propiedad, del contrato de compra y venta, y de la moneda, daba lugar a un entramado de flujos monetarios y de mercancías, de ingresos y gastos entre los tres grandes grupos sociales, algo así como una especie de sistema circulatorio que vinculaba todo el cuerpo de la nación, le daba sustento, vida y vigor.

Con el diseño de la “tabla económica” pretendía Quesnay explicar cómo debajo de las apariencias había una lógica de la circulación de las riquezas a la que, si no se le ponían trabas llevaría a un óptimo de orden y bienestar social. Había que permitir que el cultivo de las tierras pudiera ser llevado adelante con vista a la ganancia monetaria. Sólo así sería posible llevar adelante la inversión que la agricultura necesitaba para salir de la situación de la penuria y escasez de trigo que padecía, convertir a Francia en un país rico, poderoso y feliz.

Cuanto mayor fuera el número de los que pudieran moverse por amor propio, sería posible un cálculo cada vez más exacto y riguroso de los efectos de las decisiones productivas. Sería posible determinar quiénes debían pagar los impuestos, así como la cuantía adecuada, la que no perjudicase la riqueza de todos, algo que no ocurría en la Francia de su tiempo.

Puesto que la riqueza de Francia provenía de la tierra, había que adoptar todas las medidas encaminadas a aumentar con el volumen neto de la producción agrícola. Había que invertir en mejorar las técnicas agrícolas, en construir caminos, canales y puentes, que facilitasen un transporte rápido y barato del grano a los puntos más distantes de Francia. El único modo de que esas inversiones se llevasen a cabo era que se pudieran recuperar con creces, para lo cual resultaba imprescindible la libertad de cultivar las tierras con vistas a la ganancia monetaria individual.

Para llevar adelante su programa político se dieron cuenta de que había que hacer campaña para hacer intelectual y socialmente respetable el deseo individual de ganancia monetaria. Con este fin desarrollaron una intensa campaña de promoción de sus ideas, elaborando multitud de folletos que difundían entre la clase dirigente. Pretendían convencer a todos que había una especie de evidencia científica de la relación directa entre el aumento del precio del grano, provocado por la libertad de su comercio, y el aumento de la cantidad total de grano que se podría producir.

Por contraste, en la mentalidad tradicional, la que predominaba en la Francia de aquel tiempo, el grano era considerado un bien de subsistencia que debía mantenerse fuera del comercio orientado a la ganancia monetaria. Su cultivo debía organizarse con vistas al bien común de una pequeña comunidad. ¿Por qué arriesgarse y adoptar un modo de producción que sólo se basaba en abstracciones, tales como el concepto de nación, mercado, o ganancia monetaria individual, que no eran fácilmente comprensibles para la mayoría de las gentes?

Los fisiócratas proponían un cambio de mentalidad, no había que producir con vistas a la necesidad de las pequeñas comunidades rurales, que vivían con un elevado grado de autonomía, con estructuras productivas muy estables y poco productivas, y que se resistían a cambiar ya que sospechaban que implicaría su desaparición. Había que producir para toda Francia, lo cual suponía pasar de lo concreto de una comunidad visible para todos sus componentes, al concepto abstracto del mercado de una nación, donde el precio no tendría que ver con la justicia de las relaciones entre personas en casos concretos, sino que sería resultado de un cálculo científico en condiciones de competencia lo más amplias posibles, es decir, cuando el conjunto de todos los habitantes de Francia pudieran expresar, mediante la moneda, lo que deseaban y lo que ofertaban.

Bajo el aparente racionalismo de los fisiócratas era patente un voluntarismo violento, aunque oculto tras el lema de “dejar hacer”. Eran déspotas ilustrados, partidarios de un poder centralizado y absoluto, que no necesitara respetar la realidad de las cosas, de las costumbres y leyes tradicionales, pues sabían que sus ideas sólo serían efectivas empleando el poder absoluto del soberano francés. Todo su empeño fue convencer al rey y sus ministros de la necesidad de implantar lo que llamaban libertad de comercio del grano, un modo de hacer desaparecer la

estructura productiva de la Francia de aquel tiempo, sin contar para nada con la voluntad de las personas que vivían de esa manera.

Estaban convencidos de que una vez suprimido lo que consideraban oscurantismo y prejuicio, sería posible una verdadera ciencia de las riquezas, una economía basada en el cálculo matemático de los precios. Un nuevo modo general y abstracto de considerar el proceso económico que permitiría a los funcionarios del poder absoluto y central, medir los costes de producción, y establecer con precisión las demandas de todos y cada uno de los ciudadanos. Para eso se requería la ciencia de la Estadística, destinada a recoger, centralizar y acumular información sobre los flujos de producción, los costes, los rendimientos, los tipos de producción, etc. Con la mejora de la información, la “tabla” económica sería cada vez más representativa de la realidad, más científica, más reveladora de las leyes universales y necesarias que, según ellos, gobernaban la construcción del orden social. En poco tiempo, sería posible establecer con todo rigor y exactitud la “tabla económica” de la Francia rica y poderosa, donde quedarían reflejados los encadenamientos causales existentes entre las decisiones productivas de todos los individuos, y el modo en que quedarían afectados los flujos de ingresos y gastos que circulan dentro del cuerpo social de la nación.

Esa información abstracta y objetiva estaría al alcance de cualquier agricultor que pronto aprendería a manejarse frente al azar, de modo que sus beneficios no serían resultado de los caprichos de la Fortuna, sino de un cálculo riguroso. La posibilidad de cálculo riguroso exigía la existencia de un poder absoluto, fuerte y centralizado que impusiera las ideas abstractas surgidas de una mente que se consideraba capaz por sí sola de transformar la entera realidad.

La naturalización de la “mano invisible”

Hume había naturalizado la “mano invisible”, no había hablado del pecado original, ni de esa especie de “astucia” divina para lograr el orden a partir del vicio. Consideraba que el orden surgía de una especie de pugna entre las pasiones, que es lo que de modo natural mueve al hombre.

Pero respecto del progreso se había mostrado escéptico. No estaba convencido de que un hombre totalmente desvinculado fuera capaz, por sus propias fuerzas, de construir un mundo donde necesariamente coincidieran riquezas y virtudes. Lo mismo se podía ir a mejor que a peor. Lo único que podían hacer los gobernantes era tratar de paliar las circunstancias adversas, pues la marcha de la historia estaba en manos de la ceguera de la Fortuna.

Lo que Adam Smith (1723-1790) se propuso fue modificar el planteamiento de su amigo Hume, de modo que el progreso de la humanidad quedase definitivamente asegurado hacia un futuro de riquezas, virtudes y bienestar.

La filosofía social de Hume se basaba en la conducta del hombre como “espectador” de la comedia humana. Las pasiones, sentimientos y vanidades daban lugar a lo que la opinión pública estimaba como deseable, lo que todos, de un modo u otro, acababan por copiar y compartir. Como se trataba de una opinión éticamente neutral, sin un fin externo a ella misma,

no se podía asegurar que el drama de la humanidad tuviese como desenlace un progreso incesante hacia la mejor sociedad posible.

Los fisiócratas, como hemos visto, sí estaban convencidos de que formaba parte del plan de la providencia divina que la humanidad caminase hacia un estado de máximo bienestar y virtud, pero con una condición, requería la imprescindible intervención de un déspota benévolo que creara las condiciones adecuadas para que todos pudieran moverse por amor propio, lo cual, como observaría Smith, era un absurdo pues venía a sugerir que no era natural a los hombres amarse a sí mismos.

Smith se propuso rediseñar la mano invisible, de tal modo que no fuera instrumento de la Providencia, como pensaban los fisiócratas, ni de la Fortuna, como pensaba Hume, sino que se comportara como una especie de providencia intramundana, que por encima de las intenciones y el diseño humano llevase a la humanidad hacia un estado de armonía, mayor bienestar, y formas de convivencia cada vez más amables y civilizadas.

Como ya hemos dicho, la “mano invisible” era una metáfora con la que se pretendía solucionar un problema nada sencillo de resolver desde el dualismo del pensamiento moderno: dar algún tipo de justificación de cómo lo individual, tanto en el plano cósmico, como en el político, podía integrarse en la unidad y armonía del todo.

Mediante su versión de la “mano invisible”, Adam Smith se proponía elaborar una “filosofía de la historia”, un intento de explicar cómo se podía producir una armonía de intereses de los individuos, sin recurrir a conceptos de teología o la metafísica, teniendo sólo en cuenta la propagación de la especie y la tendencia natural al bienestar y la opulencia³.

Con ese fin, además del “espectador” promedio de Hume, que se movía por una motivación utilitarista y pragmática, introdujo la figura del “espectador imparcial” o bien informado, que se movía por un sentimiento moral esteticista que permitiría dar sentido y estabilidad a la marcha del progreso. Con estos dos “espectadores”, sometiendo el primero al segundo, pretendía Smith resolver la tensión entre el estado ideal estable propio de la “ley natural”, conforme a la razón, y el estado siempre cambiante de las pasiones y las vanidades.

Para Smith, como para Hume, la fuente última de los juicios morales no podían ser la razón, como había propuesto Locke, ni el amor propio, como había propuesto Quesnay, sino los sentimientos y las pasiones. Pero, mientras para Hume eso no implicaba finalidad alguna, Smith trató de introducir esa finalidad a través del gusto, un sentimiento estético que ponía en relación con la imaginación humana.

Mediante la introducción de la figura del “espectador imparcial”, basada en el sentimiento estético, introdujo una alternativa a la “ley natural” racionalista, que hiciese posible que el progreso de la humanidad estuviese regido por el continuo refinamiento social del sentimiento del gusto que, junto al sentimiento de simpatía, llevase a los hombres a conductas más refinadas

³ Sobre este tema ver Minowitz, P. (1993)

y mas propias de la naturaleza humana, dando como resultado una armonía en el comportamiento de todos.

Con los dos espectadores introducía dos tipos distintos de mecanismos de las pasiones. Uno amoroso, basado en el sentimiento de utilidad -el que seguía el “espectador promedio” de Hume- responsable de la creación de riquezas, cuyo estudio correspondería a la economía política, y otro moral, basado en el sentimiento estético -el que seguía el “espectador imparcial” de Hume-, cuyo estudio correspondería a la filosofía moral. Dos mecanismos que, para Smith serían concurrentes, de modo que una acción virtuosa no solo sería útil, sino sobre todo hermosa. Dicho de modo más concreto, para Smith a la hora de juzgar a un reloj no solo habría que considerar su utilidad sino sobre todo la belleza de su diseño. La mejora en el diseño estético del reloj llevaría a una mayor eficacia y utilidad, sino a una mejora en los modos de hacer de las personas.

Tampoco las ciencias serían resultado de la razón sino de la imaginación. Puesto que no se podía acceder a la realidad de las cosas, sólo era posible elaborar conjeturas, representaciones de cómo podían funcionar. Si las ciencias avanzaban era de acuerdo a criterios estéticos. La simplicidad y belleza de una representación era el mejor síntoma de su adecuación a la realidad. El buen filósofo -en el sentido de científico- sería capaz de construir las representaciones más simples y armónicas, las más hermosas. Con lo cual estaba dando por supuesto -probablemente por influencia de Newton- que la realidad tenía una estructura mecánica, la más simple y hermosa posible.

Condicionado por este modo de entender las ciencias, Smith fracasaría en su intento de explicar cómo el mecanismo de la economía y el de la moral se armonizaban. No pudo demostrar la existencia de un ajuste inevitable entre virtud y eficacia, que lo bueno y lo virtuoso eran resultado del “curso natural” de las cosas. Para que el gusto no se convirtiera en algo arbitrario se vio obligado a sostener que lo más hermoso desde el punto de vista estético sería también lo más eficiente. Al dar ese paso, nunca abandonaría el utilitarismo, se limitó a definir una utilidad más refinada, bajo apariencia de sentimiento estético.

El “espectador” promedio no busca ser aprobado ni amado, sino satisfacer sus necesidades del modo más útil para todos. Se guiaba por una inteligencia técnica, orientada al uso eficiente de medios. Su modo de obrar no podría ser calificado de justo o injusto, era resultado de un mecanismo no consciente. Ni siquiera se podía decir que fuese resultado de la acción de un sujeto, sino de una multitud de decisiones sin unidad ni intención. Esa conducta no afectaba ni a su intimidad, ni a sus sentimientos. En ese sentido, la economía era algo aburrido y triste, ajustado a disposiciones fijas, propio de una inteligencia sin reflexión. Situada en la periferia de cada hombre, constituía una especie de zócalo no intencional que daba estabilidad a la sociedad. Su estudio daba lugar a una cosa parecida a una historia natural, o a una física social, cuyas leyes imponen objetividad a las necesidades, neutralizando la inconstancia y fugacidad de las pasiones. La economía, como el orden del universo sería algo que estaba ahí, que se imponía por sí sola y escapaba a toda maestría por parte del hombre. Ni su mala voluntad, ni sus pasiones excesivas, podían destruirla.

El “espectador imparcial”, por el contrario, sí que buscaba el espectáculo, procuraba atraer la simpatía y la admiración de los otros, reflejarse a sí mismo en el espejo de los demás, guiado por un sentimiento esteticista. Podía elegir entonces fines objetivos, más allá de las opiniones interesadas y gregarias del espectador promedio. Podría cultivar sentimientos de serenidad y quietud, de benevolencia y justicia, propios del hombre virtuoso.

Con estas premisas Smith elaboró una explicación naturalista de la economía entendida como historia natural del progreso, del continuo aumento de las riquezas, el bienestar y las virtudes entendidas como refinamiento estético en las formas sociales.

Una explicación en la que era patente la influencia del estoicismo y del epicureísmo. La cultura o el progreso funcionaría como una inmensa máquina sometida a una racionalidad intrínseca, que a modo de “mano invisible”, lograría que todos los procesos productivos fuesen cada vez más eficientes, organizados al mismo tiempo de un modo cada vez hermoso, tanto en su estructura, como en su funcionamiento y en sus resultados. El hombre no tendría que pensar sino dejarse llevar por sus tendencias naturales.

La principal de esas tendencias naturales era, para Smith, el empeño de todo a mejorar de condición, a tener más bienes externos. Eso impulsaba a todos a trabajar más y de modo más intenso, acompañado de mayor penalidad, dolor y sufrimiento. Este era el motor de la transformación de las cosas, lo que permitía satisfacer unas necesidades humanas siempre crecientes y cada vez más refinadas.

La razón humana, esclava de los deseos, se limitaba a mejorar la eficacia del trabajo, a lograr más riquezas con el menor esfuerzo posible. En este sentido, esa dimensión de la sociabilidad humana constituida por la tendencia al intercambio debía verse como otro modo de aumentar la eficacia: ahorrar el propio esfuerzo empleando el ajeno, mediante el recurso a la división del trabajo, que venía a constituir como la otra cara del intercambio.

El resultado de dejarse llevar por esas tendencias era la continua expansión de la división del trabajo, con una mayor cantidad de labor empleada, con un aumento de la productividad, y con un aumento del volumen total de las riquezas producidas.

Dicho de otro modo, la riqueza de una sociedad aumentaba en la medida en que se hacía cada vez más comercial, cuando en su seno aumentaba el número de los que vivían gracias a los intercambios de mercado, en el que los pobres también podían participar vendiendo la propia labor, fruto de la propiedad radical de cada hombre: su propio cuerpo.

Smith no explicó el proceso de división social del trabajo, el que daba lugar a la variedad de oficios y tareas, a los intercambios y el uso de la moneda. Puso toda su atención en el proceso de división técnica del trabajo, es decir, en el modo de llevar a cabo cada uno de los distintos oficios, una vez establecidos. Todo su interés era saber cómo se podía lograr un uso cada vez más eficiente de la labor disponible en cada una de esas tareas.

Respecto de la división social del trabajo supuso que se generaría de modo espontáneo siempre que se respetase la propiedad individual y libertad de cada uno para mejorar su

condición de vida. Lo que quería demostrar era que la riqueza de una nación tenía que ver con la mejora de la división técnica del trabajo: un proceso que llevaría a la mejora de la productividad, a una demanda creciente de labor, y a la creación de mercados cada vez más extensos y eficientes.

En ningún momento trató de descubrir las leyes que gobernaban ese complejo proceso de creación de riqueza, consideraba que se trataba de algo que estaba más allá de la capacidad de la razón. Lo que sí proporcionó fue una explicación de la formación de los precios, que era al mismo tiempo su visión de la filosofía de la historia

En los inicios de la humanidad, cuando había tierra disponible en abundancia, los individuos vivían en pequeños grupos aislados, con apenas posibilidad de división del trabajo e intercambio, practicando una economía de “la mano a la boca”. El precio de las cosas sería la cantidad de labor incorporada a los frutos que se arrancaba a la naturaleza, como sucedía en la recolección, la caza y la pesca. Si un ciervo se intercambiaba por siete castores, era que el primero requería siete veces más labor que los segundos. Los intercambios suponían igualdad de cantidad de labor empleada.

Cuando dejaron de existir tierras libres, apareció la propiedad civil y con ella la división del trabajo, el hecho de que unos trabajaban para otros. A partir de ese momento, el precio de las cosas dejó de coincidir con la cantidad de labor empleada. Había que distinguir entre salario, renta y beneficio, que son la retribución de la labor, de la tierra y del capital.

Con la extensión de la división técnica del trabajo, en cada uno de los oficios, fue posible obtener mayor cantidad de producto empleando la misma cantidad de la labor, o lo que es lo mismo, una continua reducción del precio de las mercancías.

Como la extensión de la división técnica del trabajo no se producía de modo homogéneo, ni en el tiempo ni en el espacio, se producían divergencias en los precios de un mismo producto según el grado de división de trabajo empleado, o eficacia en el uso de la labor. Los precios de un mismo producto estarían por encima o por debajo un precio promedio -“precio de mercado”-. Las causas de esas divergencia eran muchas y complejas: desde privilegios y monopolios, hasta prejuicios, ignorancia y pereza.

La extensión de la división técnica del trabajo demandaba labor de los más pobres y generaba ganancias para los más ricos, al tiempo que se ampliaban los mercados y se mejoraba la condición de vida de todos. Se impulsaba el crecimiento de la población, la colonización de nuevas tierras, el descubrimiento de nuevos yacimientos mineros, etc.

De todos modos, el avance de ese proceso sería cada vez más lento, ya que la eficiencia en el uso de la labor no podría aumentar de modo indefinido. Más tarde o más temprano se alcanzaría un estado estacionario, donde no serían posibles grandes incrementos en un uso eficiente de la labor, y los precios, salarios y ganancias se estabilizarían. Se alcanzaría el “precio natural” de todos los productos, el que se correspondería al mejor uso posible de la labor.

La “división del trabajo” integraba intereses, pero planteaba el problema de la distribución del producto. De momento esa distribución sería el resultado de luchas y enfrentamientos, que poco a poco llevarían al “precio natural”, cuando se alcanzaría lo que Smith entendía por justicia distributiva, cada uno recibiría lo fijado por unas leyes naturales, más allá de las pasiones humanas.

Para Smith no había precio justo, sino “precio natural” o técnico, además del precio de mercado, lo cual quiere decir que la moneda no podía estar relacionada con la necesidad común, aquí y ahora, de una comunidad concreta, sino que tenía que ser una relación proporcional a la cantidad de labor que se pudiera obtener en el mercado, algo que tendría naturaleza técnica objetiva.

Estaba convencido de que existía un sistema de libertades naturales que se impondría por sí mismo, de modo necesario. Los desórdenes y barreras acumulados por la historia y los malos gobiernos acabarían por ser superados por la misma fuerza del sistema. No era consciente de las contradicciones existentes en su diseño, que él trataba de sistematizar. De un lado un naturalismo determinista muy estricto, dominado de modo abrumador por la causa eficiente, de otro lado un intento de dar entrada a la libertad.

Los efectos de la ideología progresista

Smith había contribuido a crear las condiciones para que se diera el “momento revolucionario”, lo que favoreció que muchos llegaran a la conclusión de que había llegado el momento de dominar los caprichos de la Fortuna, de conseguir que en lo sucesivo el progreso de la humanidad marchara de modo seguro y definitivo hacia un futuro feliz de bienestar civilización y cultura. De todos modos, su planteamiento no era revolucionario en las formas, ya que juzgaba el progreso económico como un proceso impersonal e incontrolable, no comprensible, más allá de la voluntad e intenciones. Los hombres solo podían buscar su propio interés, y sería la “mano invisible” la que se encargaría del ritmo en que llevaría adelante el progreso.

En la Francia del siglo XVIII, donde efectivamente se desencadenaría la Revolución, las ideas de Smith se mezclaron con la de los fisiócratas, dando lugar a la mentalidad revolucionaria, que hizo posible suprimir el freno que representaba la “mano invisible”. Los fisiócratas, al contrario que Smith, nunca negaron la necesidad del ejercicio ilustrado de un poder absoluto y centralizado como medio imprescindible para mejorar la condición de vida de la nación. Además, también en contra de Smith, sostenían que sólo así se podría llegar a conocer y dominar las leyes del progreso, las que permitirían construir la sociedad perfecta.

Lo que se propuso la Revolución fue establecer, por medio de un pacto utilitarista, un poder que gobernase de modo eficiente y científico, con vistas al mayor bienestar posible para todos. Sólo entonces sería posible la libertad, vivir como individuos que se guían por el amor propio, de modo que nadie estuviera bajo el poder arbitrario de otro. Pero en este planteamiento estaba implícita la llamada “cuestión social” o “problema de la pobreza”, ese tipo de libertad no sería posible mientras no hubiese igualdad en la distribución de las riquezas.

En el momento en que Robespierre declaró que todo lo necesario para conservar la vida debía ser considerado común, y que solo el excedente podría ser objeto de propiedad privada, el objetivo del Estado revolucionario fue el bienestar del pueblo. En nombre del que se consideraba el más irrefragable de todos los títulos, las necesidades del pueblo, la propiedad y el trabajo debían quedar sometidas a la “voluntad general”. Ahora bien, una vez que la necesidad quedó erigida en fundamento del poder, la política quedaba sometida a las fuerzas ciegas e incesantes del bienestar económico. En nombre de las necesidades perentorias del pueblo se desencadenaría el terror, lo que llevaría al fracaso de la Revolución.

Iniciada bajo el deseo de poner freno a la tiranía de un poder absoluto, la revolución acabaría por sucumbir ante la violencia desatada en nombre de un concepto tan abstracto y totalitario como la “felicidad del pueblo”. Los derechos de los individuos que fueron la mayor gloria de la Revolución acabaron por sucumbir ante la violencia de la necesidad del pueblo que reclamaba su derecho al vestido, a la alimentación, y a la reproducción de la especie. Pobreza y libertad resultaban incompatibles.

Puesto que la propiedad sólo podría ser justificada en nombre de un bienestar general, que siempre estaría por venir, quedaba de hecho en suspenso. La libertad podía esperar, ya llegaría su momento, una vez que se diera solución al problema de la pobreza.

Rousseau fue el filósofo que representaba la esencia del espíritu Revolucionario, su idea era que el fundamento de la sociedad no podía ser el individualismo utilitarista de Hume, sino un sentimiento colectivo de fraternidad y unidad, de igualitarismo, expresado bajo la idea de “voluntad general”, que es siempre recta, distinta de la “voluntad de todos” que puede estar ligada a los intereses de un grupo. Un intento de construir algo así como el bien común, pero a partir de la voluntad de cada uno, lo cual exigiría su disolución como personas.

La economía frente a la revolución

Revolución o tradición conservadora

La mayoría de los británicos reaccionaron en contra de los presupuestos de la Revolución francesa. Consideraron un error de los revolucionarios haber tomado como punto de partida un modelo de individuo abstracto, desconectado de la historia y la cultura, más allá de las instituciones. El llamado “hombre natural”, previo a toda sociedad, idéntico e indistinguible, era una ficción que debía ser rechazada a la hora de construir la sociedad. Era una ingenuidad atribuir a todos los individuos unos supuestos derechos absolutos, con anterioridad a la costumbre y la ley.

El orden social no era resultado de un diseño revolucionario, sino que el *status quo* existente en cada momento era una distribución de la propiedad y del trabajo recibida como herencia de las generaciones anteriores. La propiedad no estaba fundada en un futuro de igualdad y bienestar, que llevaría a su disolución, sino en el pasado, donde, bajo el velo de la irreversibilidad de la naturaleza y de la historia, se ocultaba su origen, único modo de que no fuera arbitraria e insegura. La prescripción, el paso del tiempo, legitimaba la posesión, incluso si sus orígenes no hubiesen sido legítimos. Ese hecho, reconocido por la constitución inglesa, se

inclinaba ante la sabiduría escondida en la naturaleza y la historia, y consideraba que estaba detrás del indudable éxito político, económico y militar del reino británico.

La mayoría de la clase dirigente británica defendían el *status quo* establecido un siglo antes por la llamada “gloriosa revolución británica”, un pacto entre la nueva dinastía y la pujante aristocracia comercial británica, que se había asegurado el monopolio del poder político a través del control del parlamento.

No obstante, a lo largo del siglo XVIII, había ido aumentando la insatisfacción y el descontento por parte de los pobres, los excluidos de ese pacto. El comercio y la manufactura, que eran donde estaban los intereses de la aristocracia comercial y urbana, no habían parado de crecer, pero el precio del trigo tampoco había cesado de subir, e incluso empezaba a escasear en muchas partes. Situación que había provocado graves motines y desórdenes sociales que, en muchos casos, habían sofocados a sangre y fuego. Por eso algunos británicos, como Payne y Goodwin, proponían seguir los ideales revolucionarios, llevar a cabo un sistema de reforma social y política, con vistas a una nueva y más igualitaria distribución de las riquezas.

Sobre la inestabilidad del progreso y la economía

Thomas Robert Malthus (1766-1834) se propuso demostrar de modo científico, que la economía solo podía funcionar bajo una estructura política inspirada en los principios de la llamada “Revolución británica”.

En su opinión Adam Smith se había equivocado al afirmar que el mecanismo de la “mano invisible”, por sí solo, podía resolver el problema de los pobres. No había tenido en cuenta que la continua extensión de la división del trabajo, la incesante inversión de las ganancias en nuevo capital, ciertamente aumentaba la producción de manufacturas, pero no sucedía lo mismo con la de los alimentos, imprescindible para el mantenimiento de los obreros, a lo cual destinaban la casi totalidad de sus salarios.

La experiencia había demostrado que la extensión de la división del trabajo provocaba un desequilibrio entre la industria y la agricultura, entre una oferta de alimentos que se mantenía bastante estable, y una demanda de los mismos que, impulsada por la división del trabajo, no paraba de crecer. Eso era lo que explicaba el aumento del precio del trigo y el descontento de los más pobres.

La razón última de ese desajuste residía, según Malthus, en lo que llamaba la “ley de la población”, que en forma muy simple podía ser expresada del siguiente modo: mientras la población crece de modo fácil y rápido, los alimentos lo hacen de modo difícil y lento.

En un primero momento, Malthus trató de justificar la “ley de la población”, a partir de un prejuicio puritano sobre la sexualidad humana. Considerada una pasión indomable, el impulso sexual llevaba de modo ciego y descontrolado al crecimiento de la población. Frente a la siempre explosiva fertilidad humana estaba la fecundidad natural de la tierra, que por ser muy estable hacía que el incremento en la producción de alimentos se llevara a cabo de manera mucho más lenta y cicatera. Una cicatería de la tierra que, según Malthus, actuaba como un

freno puesto por la naturaleza para impedir que la humanidad quedara aplastada bajo su propia fecundidad.

Desde ese punto de vista, la “ley de la población” representaba una inversión de la tradicional valoración moral de la población. Desde tiempo inmemorial se había sostenido que el aumento de la población, impulsada por una vida virtuosa de trabajo y servicio a los demás, era fuente de riqueza y bienestar para todos. Mientras que la vida viciosa, la promiscuidad y los abortos, eran la causa de despoblación, hambre, depravación moral y miseria. Sería a partir de Malthus cuando se empezaría a difundir la idea inaudita de que el aumento de población era debido a una vida viciosa, a dejarse llevar por la pasión sexual, y que era ese aumento el causante de la pobreza y los desórdenes sociales.

Hasta entonces se había pensado que lo virtuoso era casarse pronto, y criar a los hijos en el servicio a Dios y a los hombres. A partir de Malthus, lo virtuoso, para los pobres, sería retrasar el matrimonio, y evitar aquellos hijos que ni ellos, ni la sociedad, podría mantener. Desde este nuevo enfoque el matrimonio y la familia quedaban reducidos a un remedio para frenar la concupiscencia y la promiscuidad, un puro mecanismo utilitario cerrado a la perfección humana y a la santidad.

Malthus estaba convencido de que su modo de pensar sobre la población era conforme con el mensaje cristiano. Pensaba que el hambre y las dificultades para conseguir alimentos habían sido puestas por Dios para impulsar al trabajo y despertar el ingenio humano, para sacar a la humanidad del estado de torpeza y desidia en que el pecado original la había sumergido. Según sostenía “Dios estaba siempre ocupado en dar lugar a la mente a partir de la materia”.

Siempre existirían pobres que tendrían que vivir de su trabajo, y ricos que vivirían de sus rentas. No había posibilidad alguna de eliminar estas diferencias. El nivel de salarios venía determinado por la razón existente entre la tasa de población y la de la cosecha de cada año, dos procesos regulados por principios naturales que escapaban al control humano. Intentar llevar el nivel de salarios por encima de ese nivel era desatar los terribles mecanismos de equilibrio de la “ley de la población”.

De nada servían los subsidios establecidos por las “leyes de pobres”, pues aunque a corto plazo evitasen el hambre y la miseria, a largo plazo impedían que los pobres espabilaran, que se esforzaran por poner remedio a su situación. Los pobres no necesitaban subsidios monetarios, sino que se les explicase cómo funcionaban las virtudes utilitarias de la sociedad comercial, que era en esencia lo que daba apoyo a la “ley de la población”.

Malthus pensaba que su “ley de la población” había modernizado el concepto de caridad cristiana, lo había transformado en un presupuesto científico, o lo que es lo mismo, en una especie de utilitarismo teológico. La pobreza vendría provocada por falta de virtudes, en el sentido utilitarista y humeano del término. La caridad consistiría en enseñar a los pobres cómo funcionaba la “ley de la población”, para que de ese modo tomaran conciencia del problema con que de modo inevitable se tenían que enfrentar. Una postura que llegaría a ser la postura oficial del pensamiento social de la confesión anglicana

Por otro lado, como los pobres eran gente sin instrucción y muy impresionable, Malthus, como él mismo reconocía, había presentado su argumento de un modo excesivamente simplista y dramático, que rayaba en el engaño. Reconocía que su exposición no era objetiva, ni tenía suficiente apoyo empírico, pero servía a sus objetivos ideológicos; en realidad la había hecho para causar un fuerte impacto en la opinión pública.

Todo se reducía a convencer a la opinión pública que el crecimiento de la población se realizaba en forma exponencial, mientras que el crecimiento de los alimentos se realizaba en forma lineal. En consecuencia siempre que el tamaño de la población fuese mayor que lo permitido por la productividad de la tierra, se desataría un mecanismo natural de corrección al equilibrio. El hambre, la enfermedad y la muerte, se encargarían de reducir el tamaño de la población, hasta restaurar el equilibrio entre la población y la disposición de alimentos.

Consciente de todas esas exageraciones, y teniendo en cuenta las críticas recibidas, en lo sucesivo Malthus no solo no volvió a invocar la supuesta justificación cristiana de sus argumentos, sino que introdujo algunos cambios importantes en los fundamentos teóricos de su postura. Admitió la posibilidad de una “restricción moral” como un modo de evitar la puesta en marcha del mecanismo natural de equilibrio de la ley de la población.

A pesar de que renunció al intento de una justificación teológica de sus argumentos, era patente el uso instrumental que Malthus hacía del Cristianismo. Con las restricciones morales los pobres podrían vivir dignamente, y contribuir al bienestar de todos, desarrollando virtudes utilitarias de prudencia, previsión, diligencia, laboriosidad, y sobriedad. No se produciría un crecimiento excesivo del número de pobres que, por no ser propietarios, necesitaban trabajar para mantenerse ellos y sus familias. Todo lo que les empujase a prescindir de esas restricciones morales religiosas, las promesas de un bienestar futuro inalcanzable, les llevaría a la pereza, la glotonería, la borrachera, los placeres sensuales, el exceso de población, y en último lugar a una mayor pobreza.

Si se suprimiesen instituciones, como la familia, la propiedad, y la herencia, como habían pretendido los revolucionarios más radicales como Condorcet y su discípulo británico Godwin, se desataría el mecanismo natural de freno al crecimiento de la población, causando pobreza, miseria y degradación moral. Era una ingenuidad y una prueba de desconocimiento científico intentar suprimir, de una vez por todas, la pobreza.

La conclusión de Malthus, era que resultaba patente que Smith se había equivocado, el problema de los pobres no se resolvía con en el impulso incesante de la división del trabajo. No se podía asegurar que hubiese siempre equilibrio entre la oferta y la demanda de alimentos. La marcha de la economía necesitaba ser gobernada, no había ningún automatismo que asegurase el crecimiento del bienestar de todos.

Los obreros y capitalistas, elementos básicos de la división del trabajo, no podían por sí solos hacer frente al déficit de demanda provocada por el proceso de ahorro. El balance entre la demanda y la oferta solo se podría alcanzar a través de otro grupo social, los terratenientes, que consumen más de lo que producen, que emplean labor de modo no productivo. El consumo de

bienes de lujo era, para Malthus, la clave para lograr un crecimiento en equilibrio de toda la economía.

El progreso, aunque posible, no era ilimitado, ni se producía de modo espontáneo. Ni la población podía crecer de modo indefinido, ni estaba asegurada su armonía con el rendimiento de la tierra. Afirmar lo contrario constituía un engaño, era abrir expectativas de prosperidad material para las clases más bajas que nunca llegarían a realizarse.

Para gobernar la marcha de la economía era necesario estudiar los límites y condiciones del crecimiento en equilibrio, prestar especial atención a las situaciones y las causas de desequilibrio, al desempleo y el estancamiento, así como también el modo de resolver esos problemas y volver al equilibrio. Unos desajustes que no se resolverían de modo inmediato, y que tenían que ver con la compleja relación entre el proceso de formación del ahorro, y el modo de llevar adelante el proceso de división del trabajo.

Si debido a una extensión excesiva de la división del trabajo, la tasa de crecimiento de la población sobrepasaba la tasa de crecimiento de los alimentos, aumentaría el precio de estos últimos, o lo que es lo mismo, un alza de los salarios, con la consiguiente reducción de los beneficios, con lo que, al menos temporalmente, al reducirse los beneficios de los capitalistas desaparecerían los incentivos para proseguir la expansión de la división del trabajo. Llegada esa situación, cuando los pobres comenzasen a quedarse sin trabajo, habría que proporcionarles empleo temporal. Para lo cual Malthus proponía la construcción de carreteras y otro tipo de obra pública. Lo cual no dejaba de ser contradictorio con su oposición de ayuda a los pobres.

Quedaba claro que la economía era un proceso inestable, necesitado del control político. Este tenía que ser realizado en el corto plazo, ajustando la demanda y el consumo realizado en cada momento. Eran los intercambios los que otorgaban utilidad y valor a las cosas, los que determinaban la distribución, la cantidad de labor comandada y la ganancia posible.

Adoptar el enfoque a corto plazo, como hacía Malthus, suponía aceptar la complejidad de la realidad tal como era, tener en cuenta complicaciones tales como la variabilidad del valor y la cantidad de la moneda. Aceptar que la incertidumbre y las expectativas podían perturbar la formación de los precios de equilibrio, dando lugar, por ejemplo, a un volumen excesivo de ahorro. En una economía monetaria era muy improbable que cada individuo fuera capaz de consumir su propia producción, como de modo implícito había supuesto Adam Smith.

Mientras que Smith había criticado las “leyes de grano”, que pretendían mantener estable el precio de los alimentos, Malthus sostenía, por el contrario, que el mercado de los alimentos, el precio del trigo, debía estar fuertemente regulado e intervenido, con el fin de mantenerlos fuera de los vaivenes del mercado. Había que hacer todo lo posible para evitar los motines y revueltas que provocaban su escasez. Una caída en la producción de alimentos, tenía un fuerte impacto en el bienestar de los pobres, mientras que una disminución en los productos de artesanía sólo causaba leves inconvenientes. La compatibilidad entre riqueza y felicidad solo sería posible en una economía donde hubiera equilibrio entre la agricultura y la artesanía.

Malthus, compartía los principios que constituían las bases de la “gloriosa revolución” de los británicos, pero su defensa no era política, sino que pretendía presentarlos como si fueran parte de un sistema “científico”, es decir, construido a partir de las leyes tan inevitables como las que regían el orden de la Naturaleza. Su revisión de Smith representó una vuelta al enfoque de Hume, de ningún modo se podía asegurar que el proceso natural que llevaba adelante la génesis de la sociedad fuera siempre adelante, era necesaria la intervención del poder político para tratar de neutralizar en la medida de lo posible los caprichos de la Fortuna.

Una visión abstracta y atemporal de la economía

No se puede decir que David Ricardo (1772-1823) estuviese a favor de la Revolución, sobre todo en lo que se refiere al modo de llevarla a cabo, pero de algún modo compartía sus objetivos, aspiraba a una sociedad más igualitaria y participativa.

Su objetivo fue estudiar cual podría ser la situación de la economía británica, en el sentido de la sociedad comercial de Smith, si no se diera la corrupción institucional de su tiempo, lo que la literatura de la época llamaba la “vieja corrupción”, debida al monopolio político de la aristocracia propietaria, que había dejado fuera a los obreros, y en general a los no propietarios. Pensaba que sólo con referencia a ese modelo ideal sería posible proponer las reformas que deberían llevarse a cabo en los impuestos, en el gasto público, en el crédito y la moneda, etc.

Ricardo consideraba importante acabar con la situación de miseria de los trabajadores, pero no con medidas paliativas e intervencionistas, como las “leyes de pobres”, o las “leyes de grano”, sino con medidas políticas constitucionales que les dieran mayor presencia en el ámbito de las decisiones políticas. En este sentido, entendía que el mercado era una institución fundamental para lograr la coincidencia de los intereses particulares con el interés general. En su opinión mercado y democracia se apoyaban mutuamente.

El correcto funcionamiento de la economía sólo sería posible cuando estuviese libre de las interferencias de la lucha por el poder, cuando se ajustase a un cálculo objetivo y riguroso, y no a planteamientos morales o políticos.

Sostenía Ricardo que el buen funcionamiento de la economía no requería de esa especie de protección política de los señores, que de hecho sólo servía para ocultar los privilegios económicos que se habían reservado para sí mismos. De ningún modo la existencia de esos privilegios eran imprescindibles para el “sistema de libertad natural”, sino más bien todo lo contrario. La propuesta de Ricardo era extender el principio democrático como medio de anular lo que entendía por política: la lucha por el control del poder por parte de grupos sociales, pequeños, pero poderosos.

La economía británica mejoraría si se pusiera fin a ese monopolio de poder, si fuera mayor la igualdad económica y política entre todos los grupos sociales, para lo cual no había que tener miedo a conceder el derecho al voto a los obreros. Sólo recurriendo a medidas de ese tipo se podría lograr que en el mercado estuvieran representados en plano de igualdad todos los intereses, y no sólo los de una pequeña parte de la población, los más poderosos. Con esa mayor

igualdad no solo se lograría una mayor libertad política, sino que también mayor eficiencia en el funcionamiento del mercado, dando lugar a un mayor bienestar para todos.

Desde su punto de vista el gran fallo del diseño de la economía de Smith consistía en que no había dado ningún criterio “científico” para establecer la distribución del producto entre los factores que contribuían a su logro. No se había preocupado de establecer cuál podía ser la relación entre el volumen de producción total de las riquezas y el modo de distribuirlas. Por ese motivo se propuso como objetivo inmediato estudiar estos temas, determinar las leyes de distribución de la economía, que en su opinión había sido el elemento que los revolucionarios no habían tenido en cuenta, y que les había llevado al fracaso.

Su método consistió en enfocar la economía como un sistema que, más allá de las instituciones y circunstancias de cada momento, estaba sometido a fuerzas naturales que no dejaban de actuar siempre y del mismo modo, que aún debajo de los vaivenes provocados por las pasiones políticas, tendían a un equilibrio natural entre ellas.

Estaba convencido que por encima de todo la economía estaba gobernada por leyes tan inalterables como las de la física de Newton. Por eso, lo más importante era descubrir esas leyes básicas y permanentes. Eso exigía un enfoque abstracto y a largo plazo de la economía, suponer que no había tiempo, que por fin se había alcanzado el estado de equilibrio al que inevitablemente tiende, si se suprimen todos los obstáculos políticos.

Ese estado de equilibrio vendría determinado, de un lado por factores naturales, como la extensión y capacidad de la tierra disponible, o el tamaño de la población, por otro lado, de factores institucionales, como el nivel de educación, la igualdad social y política, la habilidad comercial o manufacturera que tuviera la población, así como el volumen de capital acumulado.

Una vez alcanzado el estado de equilibrio, el tamaño de la población sería fijo, por lo que no haría falta poner en cultivo nuevas tierras. La producción total sería la máxima posible, lograda con el mejor uso posible de la mano de obra total disponible. Habría estabilidad en el proceso de distribución del producto, dicho de otro modo, no habría pugna entre los factores. Finalmente los precios serían estables ya que se habrían agotado todas las posibilidades de ganancias mediante una mejor utilización de la labor.

Lo que se proponía Ricardo era responder a la siguiente pregunta: ¿Cómo organizar la producción y la distribución de modo que, para unas determinadas condiciones físicas e institucionales, se obtuviera la mayor cantidad de riqueza posible que podría proporcionar un país? Como se puede ver se trataba de un planteamiento normativo y teórico de la economía, de un “deber ser” a largo plazo, donde se prescindía de la demanda, de la perspectiva del consumo, de las decisiones de comprar y vender que cada día tomaban los individuos. El objetivo era estudiar el lado de la oferta y la producción, que a largo plazo determinaba la demanda y el consumo.

En equilibrio el valor de las cosas vendría determinado por la cantidad de labor necesaria para producirlas. Sin que la utilidad, condición para que las cosas tuviesen valor, influyera en

esa determinación. Ciertamente que sólo se producen cosas útiles, pero es la labor la que les otorga valor. Dicho de otro modo, en equilibrio no se emplea labor en producir cosas inútiles.

El salario sería el “natural”, el correspondiente a un crecimiento nulo de la población, vendría determinado por la proporción entre la población y volumen total de capital disponible. La renta sería también fija, y vendría determinada por la proporción entre la tierra y la población. Finalmente, el beneficio sería el residuo una vez descontado el salario y la renta.

Se obtenía así un modelo abstracto de la economía en equilibrio estable, donde se suponían anuladas o compensadas el juego de las pasiones e intereses. Su estructura sería un conjunto de relaciones fijas y bien establecidas entre cantidades totales y abstractas: como la cantidad de tierra, la población, el volumen de capital, etc. Se podía proceder entonces a hacer experimentos mentales, para estudiar cómo podría quedar afectada la producción total de la economía en función de cambios en otros parámetros básicos del modelo.

El objetivo era descubrir las leyes que regían la distribución de la riqueza entre los tres grandes grupos sociales que contribuían a producirla: los terratenientes, los capitalistas y los obreros.

A la hora de estudiar la renta, Ricardo partiría de lo que había observado con el precio del trigo durante el bloqueo naval que Napoleón había sometido a las islas británicas. La imposibilidad de importar grano había producido un alza excepcional de su precio, y como consecuencia una fuerte subida de la renta de la tierra. Al acabar la guerra, los terratenientes habían tratado de mantener esas ganancias, para lo cual propusieron al parlamento una ley para impedir la importación de grano. Una actitud que dejaba claro que la prosecución del propio interés solo era beneficiosa si se eliminaban los privilegios políticos de unos pocos.

De ese hecho Ricardo dedujo que las rentas no eran debidas ni a un uso más eficiente de la labor, ni a un cambio de las condiciones naturales de la tierra, sino a la necesidad de dedicar más cantidad de labor a una producción, a la de un bien, como el trigo, que resultaba escaso, y que había que producir de modo menos eficiente. En otras palabras, el origen de la renta procedía del hecho de que un bien que tiene un solo precio de mercado podía ser producido a distintos costes, o con diversos grados de eficiencia en el uso de los factores, especialmente de la labor. De modo más concreto, la renta era debida a que para una misma cantidad fija de labor, las mejores tierras producían mucho más grano que las peores. Las tierras más pobres, sólo se ponían en cultivo si se producía gran escasez de trigo, pues requerían más labor para producir la misma cantidad de grano que las tierras mejores, las que se cultivaban desde tiempo atrás. Vistas así las cosas, cada incremento de la población exigía poner en cultivo terrenos cada vez peores, y de más difícil acceso, con mayores costes de producción.

Este modo de explicar la génesis de la renta le sirvió a Ricardo para señalar que Smith se había equivocado al explicar la causa de la caída permanente de los beneficios. No era debida a la acumulación incesante de capital, que incrementaba la dificultad para encontrarle colocación con buenos rendimientos; sino a la creciente dificultad para obtener cada vez más alimentos al mismo coste, necesarios para mantener un número de obreros siempre creciente. El descenso

permanente de los beneficios no podía ser debido a la acumulación de capital, sino al alza permanente de los salarios, causada por la incesante subida del precio del trigo.

Podía suceder que, en un determinado momento, la acumulación de capital se realizase a un ritmo mayor que el aumento de la población, dando lugar a un incremento de la competencia por la labor, lo que llevaría a una subida de los salarios y a un descenso de los beneficios, pero se trataría de algo transitoria. La causa de la caída permanente de los beneficios solo podía ser la tendencia permanente al incremento de la renta, debida, en último término, a la continua presión del aumento de la población sobre los alimentos disponibles.

La ley de la población de Malthus sería el instrumento empleado por Ricardo para explicar la formación de los salarios. El aumento continuo de la población se traducía en un aumento incesante de la oferta de labor, que tendía a situarse por encima de su demanda. De este modo, la fuerte competencia por un puesto de trabajo hacía que la tasa salarial se mantuviera en un nivel que se podría llamar de supervivencia.

Una vez establecidas las leyes de formación de la renta y del salario, el beneficio no podía ser otra cosa que el residuo resultante de descontar la renta y los salarios. Siempre que hubiera que poner en cultivo tierras cada vez menos fértiles, el precio del grano iría subiendo cada vez más. Puesto que el grano era a lo que los obreros dedicaban su salario, y no era físicamente posible bajar del nivel de subsistencia, serían los capitalistas los que tendrían que hacer frente a la inevitable subida de los salarios, reduciendo sus beneficios.

De este modo quedaba completo el entramado de lo que se podría llamar teoría de la distribución de Ricardo. La renta surgía con ocasión de un excedente diferencial entre los rendimientos de las tierras. Los salarios serían resultado de un principio de subsistencia. El beneficio era el residuo resultante. Las tres retribuciones se articulaban en lo que puede llamarse teorema fundamental de la teoría de la distribución: la existencia de una relación inversa entre salarios y beneficios; descontando las rentas.

La solución de Ricardo para resolver el problema de los pobres no era muy distinta de la de Malthus. La diferencia radicaba en que no recurría a la restricción moral, sino que estaba convencido de que mediante la educación, la participación política, y una relativa mejora de los salarios, sería posible reducir considerablemente el tamaño de la población, y eliminar de este modo el problema.

No negaba que había cosas cuyo valor dependía sólo de su escasez, de la intensidad de su demanda, pero eran pocas, como podían ser los vinos exquisitos, de cosechas muy reducidas, o las obras de arte, etc., y no muy importantes en relación a la producción total de una economía. Todo parece indicar que a Ricardo solo le interesaba el valor de aquellas cosas que podían multiplicarse a voluntad, lo que llamaríamos productos industriales, que requieren de cantidades crecientes de labor y capital. Un tipo de productos que dan empleo y salario a los pobres, y hacen posible el bienestar y riqueza a la sociedad.

Aunque Ricardo planteaba el valor por el lado de la producción a largo plazo, no negaba que a corto plazo, la demanda pudiera influir en el precio o valor de una cosa. Pero siempre de modo transitorio.

Según el esquema heredado de Smith, la demanda se efectuaba en términos monetarios y a corto plazo, con lo que la moneda no era neutral y los intereses particulares podían manipular los precios a su favor, dando lugar a los oscilantes precios de mercado. Sin embargo a largo plazo, cuando la competencia fuera mejorando, se eliminaran las trabas a la libertad de mercado, los precios alcanzarían su nivel natural, se mantendrían fijos, la moneda sería neutral y predominaría el interés general sobre el particular.

Al adoptar la visión a largo plazo Ricardo había prescindido del efecto de la moneda, consideraba que si se levantaba el “velo monetario”, las cosas se cambiarían por cosas, como si fuera una economía de trueque, todo se vería mejor, y la demanda y la oferta necesariamente coincidirían. Desde el punto de vista de Malthus se trataba de una peligrosa falta de realismo, que no tenía en cuenta “las cosas tal como eran”.

Según el enfoque de Ricardo, la demanda venía determinada por el volumen de producción alcanzable, por lo que de ningún modo se podía producir un ahorro excesivo, ni un consumo deficiente. En estado de equilibrio siempre y necesariamente la producción generaba su propia demanda.

Posteriormente Ricardo refinó su teoría del valor. Se daba cuenta de que la labor participaba en el valor de las cosas de manera directa, como salarios presentes, y de modo indirecto, como los salarios que se gastaron en su momento en la producción de maquinarias y herramientas. El valor de una cosa era por tanto su costo de producción, un concepto más amplio que incluía la remuneración del capital físico y de la labor. Además, para mayor complejidad, había que tener en cuenta la destrucción y depreciación del capital. Pero no vale la pena que nos detengamos en estos aspectos ya que no añaden nada sustancial al modo de pensar de Ricardo.

Asombrosamente Ricardo no se dio cuenta de que su teoría de la renta podía extenderse más allá del factor tierra. Por ejemplo, cuando un empresario decidía sustituir mano de obra por máquinas, creaba una ventaja diferencial en el modo de producir, respecto a los competidores, lo que le reportaba unas ganancias extraordinarias. Luego, copiado por los competidores, esa ventaja desaparecería.

Pero sí se dio cuenta de que la sustitución de la labor por máquinas, desde el punto de vista de la “ley de la población”, tenía unos efectos equivalentes a un excedente de población, obreros que no hacían falta, que se quedaban sin empleo. A largo plazo, se produciría una disminución de la población, un descenso del precio del grano, y un descenso de la renta de la tierra. En cualquier caso no está claro, como sostenía Ricardo, que la introducción de las máquinas supusieran un uso más eficiente de la labor; sino más bien lo contrario. En cualquier caso, lo que sí se deducía de todo esto es que eran los propietarios de singularidades irrepetibles, ya fuesen las mejores tierras, o las mejores máquinas, los que obtenían ventaja.

Todo apuntaba a que la fuente del valor, no era el uso eficiente de la labor, sino algo más genérico, la aparición de ventajas diferenciales, en parte naturales, y en parte creadas artificialmente, que se condicionaban, y modificaban mutuamente. La riqueza de una nación tenía mucho que ver con la diversidad y complementariedad en los modos de hacer, algo siempre en cambio, que depende de la habilidad de los hombres, y de las circunstancias en que se encuentran. Mientras mayor fuese la complejidad y diversidad de las relaciones en el seno de una comunidad, mayor sería la complementariedad en los modos de hacer, y mayor la posibilidad de diferenciarse, de crear singularidad.

Sin proponérselo, había puesto de manifiesto, sin que él mismo tuviera conciencia de su descubrimiento, que no sería un reparto uniforme e igualitario, impuesto por un poder absoluto y centralizado, o a través de una “mano invisible”, lo que acabaría con la pobreza, sino la continua posibilidad de los hombres de ser ellos mismos, de singularizarse, de llevar a cabo modos diferenciales de hacer, para lo cual era necesario contar con una sociedad donde hubiera un gran respeto a la pluralidad y modos de hacer de todos. Algo que venía a revelar que la riqueza surgiría con mayor facilidad en una organización social donde no hubiese un poder absoluto, que centralizase y uniformase, sino donde el poder estuviese muy repartido en una multitud de comunidades, a las que se les respeta su capacidad de organización, y de relación entre ellas. Todo parecía indicar que no era la labor entendida como sustancia homogénea y natural, surgida del cuerpo de un individuo, la que creaba el valor, sino el trabajo entendido como articulación comunal de los modos de hacer de todos. Pero, a pesar de todo, Ricardo nunca se atrevió a discrepar abiertamente de las ideas de Smith y Locke de que el valor de las mercancías tenía que ver con la cantidad de labor que llevaban incorporadas.

Esta visión de la creación de la riqueza, como proceso de generación artificial de rentas, se puso más de manifiesto en el interesante estudio que llevaría a cabo Ricardo sobre las leyes del comercio internacional. Descubrió que el comercio se basaba en aprovechar ventajas relativas, en parte debidas a factores naturales, y en parte a factores institucionales. De tal modo, que cada país debería especializarse en aquello en lo que pudiera incrementar la ventaja natural de que disponía. Como era típico de Ricardo, solo le prestó atención al hecho de que, en su opinión, el resultado de ese comercio era un aumento de las cantidades disponibles. En un principio, supuesta perfecta libertad de comercio, si no hubiera restricciones de ningún tipo sobre todo clase de transacciones, el mundo alcanzaría un estado de mayor producción global para todos, llevada a cabo del modo más eficiente. Lo cual exigiría una especialización extrema, de tal modo que cada región se dedicase a producir aquello en que tuviese ventaja productiva.

Posteriormente, al tomar conciencia de los condicionamientos institucionales, y por las mismas exigencias de la política de cada país, se dio cuenta Ricardo de que esa idea no podría llevarse al extremo. En realidad las ventajas estaban siempre cambiando, y no sólo dependían de factores naturales, sino de muchos otros aspectos circunstanciales, relativos, y extremadamente inestables. En otras palabras, que el bienestar de una nación no era un concepto abstracto que pudiese llevarse a un extremo, ni sólo había que tener en cuenta el punto de vista de la eficiencia. De algún modo Ricardo ponía en duda la idea del correcto y benéfico funcionamiento de la “mano invisible”.

Un intento de síntesis

Para Jeremy Bentham (1748-1832) la sociedad no estaba determinada por el simple paso del tiempo, por la costumbre, y el prejuicio, como pensaban los reaccionarios británicos, ni era el resultado de un proyecto racional *a priori* con vistas a un supuesto futuro mejor, como pensaban los revolucionarios franceses. No era resultado de un contrato entre individuos situados más allá de la historia, sino que, como había dicho Hume, era un proceso natural en marcha, que nunca cesaba de evolucionar, en un sentido o en otro.

Consideraba un error tratar de establecer de golpe, de una vez por todas, una estricta igualdad entre los miembros de una sociedad, había que aprender a manejar los recursos psicológicos y sociales sobre los que se constituye la sociedad. Se trataba de operar sobre un proceso en marcha, con su propia dinámica, que configura los deseos e intenciones de los hombres de cada momento histórico. Solo así, poco a poco, sin violencia, se podría lograr una asignación de recursos más igualitaria, un mayor bienestar y libertad para todos.

Para llevar adelante una reforma social que fuese efectiva, duradera y sin traumas, se requería como paso previo llevar a cabo un estudio científico de cómo eran las leyes que gobernaban la marcha de ese proceso. Para eso había que estudiar la historia de cada sociedad, detectar los efectos y consecuencias de las distintas políticas y legislaciones seguidas con anterioridad. Sólo a partir de ese estudio, combinando racionalidad con empirismo, novedad con costumbre, se podría elaborar un plan de actuación, sobre todo legislativo, que a partir de la situación efectiva de la sociedad en cada momento, pusiera en marcha las reformas posibles. Un cambio que sería llevado a cabo sin violencia, por medio de la persuasión y la educación, actuando sobre todo en la condición cultural y económica de las clases sociales menos favorecidas

La declaración de los derechos del hombre de 1789 había resultado inaplicable porque partía de una visión teórica y abstracta del individuo. El fracaso de la Revolución había demostrado que no se podía reformar a los hombres por la fuerza. No sólo era inútil sino que había desencadenado un baño de sangre y un empobrecimiento general. Para reformar a los hombres había que actuar sobre el proceso social una vez que se conociesen bien los mecanismos que configuraban las conductas promedios de los individuos.

Lo que se propuso Bentham fue estudiar con más detalle y atención el mecanismo de interacción entre el sentimiento de felicidad de los individuos y los cambios introducidos en la estructura de la sociedad. Para eso se propuso diseñar algún tipo de medición empírica de las reacciones de los individuos a los cambios legislativos, y sobre todo a sus efectos económicos y políticos.

Consideraba el individuo como un mecanismo pasivo y reactivo, movido desde fuera por la combinación de pasiones directas e indirectas, que se reflejaba de modo empírico en su tendencia natural a la huída del dolor. Estaba convencido de que tenía que existir una relación funcional estable entre las variaciones en el medio social y la reacción interna en cada individuo. Algo que se podía medir de modo empírico y que, con el paso del tiempo, cuando se dispusiera de datos suficientes sería susceptible de formulación matemática. Llegaría un

momento en que sería posible predecir los estados mentales de los individuos en función de los condicionamientos sociales externos.

Como él mismo reconocía, en la mayoría de los casos, ese tipo de mediciones no eran posibles y cuando lo eran, no se podía asegurar que fueran exactas y rigurosas. A pesar de eso insistía en que siempre sería posible algún tipo de medida de la satisfacción que experimentaba cada individuo frente a la cantidad de bienes externos que estaban a su alcance, lo que consideraba un instrumento básico para establecer un concepto objetivo de la felicidad. Por lo menos, sostenía que nadie podría negarse a reconocer que todos experimentamos una reacción, en términos de mayor o menor satisfacción, según la cantidad de bienes de que disponemos. La insistencia de Bentham se explica por el hecho de que la existencia de ese mecanismo era clave a la hora de llevar adelante su propuesta de reforma científica de la sociedad, pues solo así sería posible medir con objetividad y rigor el grado de satisfacción de cada individuo ante los diversos cambios inducidos en su entorno social

Quedaba claro que para Bentham el individuo no era una realidad abstracta, dotado de una naturaleza fija e inalterable, sino una realidad empírica surgida de la misma evolución del proceso social, moldeado por las costumbres y prejuicios del pasado, que por eso mismo sería moldeable, contando con el tiempo, con vistas a un futuro de mayor bienestar. En ningún caso había que proceder por imposición violenta de leyes arbitrarias, pretendiendo resultados inmediatos, sino actuando desde dentro del curso temporal de los procesos sociales, manipulando los mecanismos de equilibrio y estabilidad de cada individuo y de la entera sociedad.

El orden social óptimo sería aquel en el que se lograra la mayor felicidad para el mayor número, que constituía así como el lema de campaña lanzado por Bentham para llevar a cabo su plan de reforma social. Algo que sólo sería alcanzable de modo científico si se daba por supuesto que la felicidad de cada individuo vendría a ser la suma de los mayores placeres posibles que pudiera experimentar, paso imprescindible para llegar a la conclusión de que la felicidad de la sociedad sería la suma de los mayores placeres posibles para el mayor número de los individuos.

Un enfoque metodológico que planteaba problemas nada sencillos de resolver. Por un lado los placeres y dolores de los individuos tenían que ser necesariamente subjetivos, pues en caso contrario no habría sujeto ni tampoco libertad, sino que sólo habría el determinismo de un proceso que para nada tenía en cuenta las opiniones de los individuos. Pero en tal caso nada podía asegurar que los placeres de los individuos fuesen homogéneos, por lo que de ningún modo se podía proceder a agregarlos para dar lugar al placer de toda la sociedad. No había modo de explicar como se podría pasar desde la subjetividad de la felicidad de cada individuo a la objetividad de una felicidad colectiva. Bentham no fue muy consciente de esta dificultad nada despreciable, y dio por descontado que de un modo u otro siempre sería posible algún procedimiento para llevar a cabo la conmensurabilidad de los placeres subjetivos de los individuos. Se puede decir que de algún modo no le quedaba más remedio que adoptar esa postura, en caso contrario su programa de reforma social metódica y gradual se convertía en pura utopía.

A partir del naturalismo escéptico de Hume, Bentham se había propuesto construir un utilitarismo evolutivo que permitiera llevar a cabo una reforma social. En otras palabras, hacer algo parecido a lo que ya había intentado Smith, dotar de finalidad a la mecánica de pasiones que estaba en la base de la idea que tenía Hume de la sociedad. Pero, mientras que para este último la razón era esclava de las pasiones, incapaz de erigirse en su juez, para Bentham la razón podía ordenarlas. Algo que nunca pudo explicar.

Tampoco pudo nunca proporcionar una explicación satisfactoria de cómo el supuesto de que los individuos se mueven por su propio placer podía ser extendido a la sociedad como un todo. Algo que contrastaba con la postura escéptica de Hume, que ni siquiera se atrevía a garantizar la identidad del sujeto, de modo que dudaba que bajo una misma identidad hubiese un solo individuo, sino una sucesión de estados interiores desconectados entre sí.

Bibliografía

Aftalion, Florin. *The French Revolution. An economic interpretation*. Cambridge. Cambridge University Press. 1990.

Arendt, Hannah. *Sobre la revolución*. Madrid: Alianza. 1988.

Baker, Keith. *Condorcet: From Natural Philosophy to Social Mathematics*. Chicago: Chicago University Press; 1975.

Bonar, James. *Philosophy and Political Economy in Some of their Historical Relations*. Londres: George Allen; 1922.

Diz-Lois, Cristina. *La Revolución francesa. Ocho estudios para entenderla*. Pamplona: Eunsa; 1990.

Dixon, William. *Ricardo: economic thought and social order*. *Journal of the History of Economic Thought*. 2008; 30(2):235-253.

Faccarello, Gilbert. *Studies in the history of French political economy: from Bodin to Walras*. London. Routledge. 1998.

Faccarello, Gilbert. *The Foundations of laissez faire, The Economics of Pierre de Boisguilbert*. London. Routledge. 1999.

Force, Pierre. *Self Interest before Adam Smith. A Genealogy of Economic Science*. Cambridge: Cambridge University Press. 2003.

Halevy, Elie. *The Growth of Philosophical Radicalism*. London, Faber and Faber; 1972.

Hampson, Norman. *Historia Social de la Revolución Francesa*. Madrid: Alianza Editorial; 1963.

Heavner, Eric K. *Malthus and the secularization of political ideology*. History of Political Thought. 1996, 17(3)408-430.

Hicks, John Richard and Hollander, Samuel. *Mr Ricardo and the Moderns*. Quarterly Journal of Economics. 1977. 91(3):351-370.

Hollander, Samuel. *La economía de David Ricardo*. Mexico. FCE. 1988.

Hollander, Samuel. *The Reception of Ricardian Economics*. Oxford Economic Papers. 1977. 29:221-257.

Lázaro, Raquel. *La sociedad comercial en Adam Smith*. Método, moral, religión. Pamplona. Eunsa. 2002.

Larrere, Catherine. *L'invention de l'économie au XVIIIe siècle: du droit naturel a la physiocracie*. Paris. Press Universitaire de France. 1992.

Löwith, Karl. *Meaning in History. The Theological Implications of the Philosophy of History*. Chicago: The University of Chicago Press; 1949.

Malthus, Thomas Robert. *Primer ensayo sobre la población*. Madrid. Alianza editorial. 1993.

McNally, D. *Political Economy to the Fore: Burke, Malthus and the Whig response to popular radicalism in the age of the French revolution*. History of Political Thought. 2000; 21(3):427-447.

McNally, David. *Against the Market. Political Economy, Market Socialism and the Marxist Critique*. London: Verso; 1993.

Menn, Stephen. *Descartes and Augustine*. Cambridge: Cambridge University Press, 1998.

Minowitz, Peter. *Profits, priests and princes: Adam Smith's emancipation of economics from politics and religion*. Stanford : Stanford University Press, 1993.

Milgate, M and Stimson, S. *Ricardo's Politics*. Princeton. Princeton University Press. 1991.

Nisbet, Robert A. *Conservadurismo*. Madrid: Alianza Editorial. 1986.

Nisbet, Robert A. *Historia de la idea de progreso*. Barcelona: Gedisa. 1996.

Quesnay, Francois. *"Le tableau économique" y otros estudios económicos*. Madrid. Ediciones de la Revista de Trabajo. 1974.

Rodriguez Lluesma Carlos. *Los modales de la pasión. Adam Smith y la sociedad comercial*. Pamplona. Eunsa. 1997.

Rothkrug, L. *Opposition to Louis XIV, the political and social origin of French Enlightenment*. Princeton. Princeton University Press. 1965.

Rothschild, Emma. *Economic Sentiments: Adam Smith, Condorcet and the Enlightenment*. Cambridge: Harvard University Press. 2001.

Schabas, Margaret. *The Natural Origins of Economics*. Chicago: Chicago University Press. 2005.

Smith, Adam. *Lecciones de Jurisprudencia*. Madrid. BOE. 1996.

Smith, Adam. *Teoría de los sentimiento morales*. Madrid. Alianza Editorial. 1997.

Smith, Adam. *The Wealth of Nations*. London. Penguin Books. 1997.

Sigot, Nathalie. *Elie Halévy's la formation du radicalisme philosophique and Bentham's utilitarianism*. History of Economic Ideas. 2001. 9(2):113-131.

St Clair, Oswald. *A Key to Ricardo*. New York. Kelly and Millman. 1957.

Taveneaux, René. *Jansenismee et pret a interet. Introduction, choix de texte et commentaires*. Paris. Vrin. 1977.

Tocqueville, Alexis de. *El antiguo régimen y la revolución*. Madrid: Alianza editorial. 1989.

Viner, Jacob. *Bentham and J. S. Mill: The Utilitarian Background*. American Economic Review. 1949; 361-381.

Waterman, Anthony Michael C. *Revolution, economics and religion: christian political economy, 1798-1833*. Cambridge. Cambridge University Press. 1991.

Whatmore, Richard. *Republicanism and the French Revolution: An Intellectual History of Jean-Baptiste Say's Political Economy*. Oxford University Press, 2001.

Weulersse, George. *La Meuvement Physiocratique en France de 1756-1770*. Paris. La Haye, Mouton. 1968

Winch, Donald. *Malthus*. London. Oxford University Press, 1987.

Winch, Donald. *Malthus versus Condorcet revisited*. European Journal of the History of Economic Thought. 1996. 3(1) 44-60.

Winch, Donald. *Riches and Poverty. An intellectual history of political economy in Britain 1750-1834*. Cambridge. Cambridge University Press. 1996.